

Papas y la convicción, en definitiva, de su imperialismo mesiánico. Pero la vertiente menos conocida de Felipe II y a la que Parker dedica no pocas páginas, es la lúdica, poniendo de relieve sus años de viajero compulsivo, su condición de constructor riguroso, su pasión por los jardines y la decoración, su papel de mecenas de las ciencias y las artes, e incluso su vida sentimental, en la que no faltaron amantes de muy distinto perfil, lo que dicho sea de paso le reprocharon a Felipe II las primeras críticas protestantes como la *Apología* de Orange.

En su biografía, Parker no entra a fondo en la problemática socioeconómica del reinado, que en cambio tanto había apasionado a Braudel. El análisis de Parker focaliza permanentemente su atención en la persona de Felipe. A la hora de hacer balance del significado de este rey, lo que más le interesa al historiador británico es determinar si la obra de Felipe II fue un éxito o un fracaso, impregnándose de la obsesión filipina por la reputación. Parker considera al rey vencedor en sus muchos frentes hasta 1585 y, en cambio, vencido desde 1585 a su muerte en 1598. La primera década del reinado marcaría decisivamente el futuro por la lucha por la fe (1561-67) con el gran trauma del *affaire* de su hijo don Carlos, que constituiría un hito trascendental y

cargaría de patetismo su futuro. Respecto al éxito y fracaso, Parker es relativista, plenamente consciente del principio con el que tituló uno de sus libros: el éxito nunca es definitivo. Gusta de jugar a las hipótesis contrafactuales, planteando una reescritura de la historia que no pudo ser por circunstancias fortuitas y desde luego por imperativos climatológicos ajenos a la voluntad de los hombres y que a Parker le fascinan. En su relato, el historiador británico demuestra su pasión por el detalle minucioso, con el sentido de la precisión del relojero, como si se hubiera impregnado de algunas de las aficiones del rey objeto de su investigación.

Una obra, en conclusión, la del *imprudent king*, que ha sido escrita por Parker destinándola al público británico con posterioridad a la que había ofrecido al público español con el flamante subtítulo de *Historia definitiva*. Ciertamente nadie mejor que Parker sabe que, en historia, no hay nada definitivo. Pero sí que podemos decir que esta biografía hace extraordinariamente difícil la aportación de fuentes documentales nuevas que puedan cambiar la imagen que de Felipe II nos traza Geoffrey Parker.

Ricardo GARCÍA CÁRCCEL  
Universitat Autònoma de Barcelona

PEÑA DÍAZ, Manuel, *Andalucía: Inquisición y Varia Historia*, Huelva, Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2013, 308 págs., ISBN: 978-84-15633-33-4.

Profesor de historia moderna de la universidad de Córdoba, Manuel Peña Díaz es hoy uno de los historiadores españoles de referencia de la renovada historia cultural que se viene realizando en nues-

tro país en las dos últimas décadas. Sus investigaciones en el marco de la historia del libro y la lectura (*Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas*, 1996, *El laberinto de los libros*, 1997) el mundo

de la censura, los proyectos alternativos (*Las Españas que (no) pudieron ser*, 2009) o la vida cotidiana (*La vida cotidiana en el mundo hispánico, siglos XVI-XVIII*, 2014), son hoy ya una referencia obligada en cualquier estudio realizado por la historiografía española sobre estas temáticas.

*Andalucía: Inquisición y Varia Historia* es, cuanto menos, un libro atípico. En él se muestran al lector los rasgos de la personalidad de su autor y de su trayectoria como investigador a lo largo de estos años, en este caso proyectada sobre diferentes aspectos temáticos que contribuyen al mejor conocimiento de la historia cultural andaluza de la Edad Moderna. En el fondo de sus páginas se vislumbra constantemente su memoria personal, puesta siempre al servicio de su oficio de historiador: la de una vocación temprana aprendida, como señala en el *Introito* a la obra, en el marco social y familiar de una inmigración andaluza en la Cataluña de los años sesenta, que sin olvidar las raíces de su procedencia siempre soñaría con un hipotético retorno a su querido Sur; por otro, la del magisterio recibido en la Universidad Autónoma de Barcelona a principios de los ochenta, que le enseñaría la complejidad de la historia como problema y como herramienta de compromiso intelectual permanente del historiador con su presente.

En el libro convergen de manera armónica el ensayo extenso con el breve, con estudios previamente publicados y revisados para la ocasión con otros del todo inéditos y novedosos. El libro se estructura en cuatro partes. La primera, que lleva por título “El famosísimo reino de Andalucía”, comprende tres ensayos. En el primero, “Cartografía y territorio”, se desgranar las raíces intelectuales de las dos Andalucías: por un lado la Bética, de

larga tradición en el pasado tartésico y el imaginario grecorromano y plenamente legitimada en el ideario del catolicismo hispánico por su integración tras la conquista fernandina del siglo XIII frente a la otra, la oriental y musulmana, con el Guadalquivir como frontera de un cuerpo extraño aun a pesar de la expulsión definitiva de su población morisca en 1609. Ambas no encontrarían la unidad de identificación hasta el siglo XIX, sin que ello, tal y como afirma Peña, ello “implicara una conciencia de identidad colectiva andaluza”, sino a lo sumo “una percepción de elementos históricos singulares y diferenciados en el conjunto de la identidad española” (p. 59). En “Córdoba, una historia cultural”, se conjugan metodológicamente la historia urbana y la historia cultural. A través del microcosmo cordobés aparece el fascinante mundo de la praxis lectora y la escrituraria en el marco urbano andaluz de la Edad moderna. Junto a la realidad urbanística y ambiental aparece el análisis metódico de su temperatura cultural: alfabetización, educación, presencia de bibliotecas particulares y públicas, debilidad de sus prensas dependientes del mundo religioso de la ciudad, censura inquisitorial y colaboracionismo de los lectores que llevarían a la prudencia de las lecturas frente a los ojos ajenos, parecen como temas capitales en estas páginas del libro. Junto a ello, el papel disciplinante del clero cordobés, ejercido desde los pulpitos, las doctrinas y los confesionarios, pero que encontrarían su contrapunto en la trasgresión de las normas en la vida cotidiana de sus gentes: en sus fiestas y juegos populares, en sus tabernas y prostíbulos, en las miradas mágicas y hechiceriles que siempre despertarían la alerta y la represión de sus hombres de la Iglesia, éstos, a su vez no exentos de

la crítica airada de discursos clerofóbicos y anticlericales, impresos o manuscritos, que corrían por corrillos y privados. Completa esta primera parte el ensayo “Imprenta y libertad en tiempos revueltos” en que se analiza la complejidad del debate sobre la libertad de imprenta y la censura en el marco de la Guerra de la Independencia, con el claro trasfondo de la necesidad de ejercer el control sobre una incipiente opinión pública (p. 130).

La segunda parte, “Inquisición”, comprende tres temas clave de los estudios inquisitoriales: la vigilancia de libros y lectores, el ritual festivo inquisitorial sobre sus condenados y, por último, la memoria infamante sobre las víctimas. En “Libros y lectores vigilados en el Siglo de Oro” Peña analiza la trayectoria censora, siempre *a posteriori*, de la Inquisición española en los siglos XVI y XVII, recalándose el perjuicio mayor que para la imprentas sevillanas, incluso por encima de las castellanas, pudo tener el descubrimiento de los focos luteranos en la ciudad hispalense a mediados del siglo XVI (p. 166). No obstante, el éxito o el fracaso de la acción censora no recaería en el propio aparato institucional del Santo Oficio, siempre desbordado por el volumen inabordable de lo publicado, sino por el mayor o menor grado de complicidad encontrado en la propia República de las Letras, en los propios lectores alineados en el “campo de las fricciones y conexiones, de las enemistades y las clientelas” que hicieron posible o no el marco de la delación (p. 173). En “Ceremonias y fiestas”, se analiza el devenir de los autos de fe como ceremonias ritualizadas concebidas como fiestas para la contemplación, que no para la participación. Con orígenes en el siglo XIV, los autos de fe, magníficamente descritos en sus componentes rituales, se consolida-

rían definitivamente en la escenografía inquisitorial española durante la segunda mitad del XVI como grandiosos autos barrocos, antes de su declive definitivo en las primeras décadas del siglo XVIII, cada vez más imposibles de ser sostenidos económicamente por los diferentes tribunales inquisitoriales. En estas ceremonias públicas, con un claro talante pedagógico y teatralizado sobre los espectadores, se resaltaba siempre el mensaje de la penitencia y del triunfo eterno de la verdad sobre el error (p. 190). Por último, en “Colgar los sambenitos” se estudia uno de los símbolos más manifiestos de la infamia pública y del temor que implicaba la condenación inquisitorial tanto para los reos como para sus familiares, pero también como negocio lucrativo en numerosas ocasiones para las arcas inquisitoriales que practicaban su condonación (p. 218).

El resto del libro recopila un importante número de ensayos breves –a veces de apenas una página–, clara demostración de la admiración de Peña por Montaigne, en las que se mezclan experiencias personales en clave histórica (sus reflexiones sobre las relaciones entre el franquismo catalán y los inmigrantes andaluces en la población de la Llagosta, las relaciones de la frontera en su Paymogo natal en la raya onubense entre Portugal y España, una interesante entrevista con su maestro Ricardo García Cárcel sobre el concepto de memoria histórica) y sus reflexiones sobre aspectos muy diversos de la historia española y andaluza: Olivares y el reformismo, el recuerdo y admiración por Don Antonio Domínguez Ortiz, Blas Infante, los abusos de la historia...).

En definitiva, nos encontramos ante una obra que destila compromiso personal y profesional de un historiador de formación madura. Su lectura sin duda

agradará a todos aquellos que continúan entendiendo el ejercicio de la historia como un reto intelectual permanente e

inconformista con las explicaciones simplistas sobre nuestro pasado.

José Luis BETRÁN

Universitat Autònoma de Barcelona

QUERO, Fabrice, *Juan Martínez Silíceo (1486?-1557) et la spiritualité de l'Espagne pré-tridentine*, París, Honoré Champion, 2014, 332 págs. ISBN: 978-2-7453-2788.8.

La historia de la espiritualidad en la España de los siglos XVI y XVII continúa siendo un tema de investigación recurrente entre los estudiosos procedentes de la Historia, la Filología o la Teología, ya españoles, ya extranjeros interesados o dedicados al cultivo del hispanismo. De ello son prueba los centenares de publicaciones que han seguido apareciendo en las últimas décadas sobre autores, obras, corrientes y órdenes religiosas, problemas y debates varios; algo natural, sin lugar a dudas, y que se explica por lo complejo de un gigantesco puzzle histórico que la historiografía trabaja afanosamente por comprender. Recurrentes siguen siendo también tanto el seguir pensando y escribiendo dicha historia desde la argumentación creada por Bataillon en 1937 con las lentes del iluminismo y el erasmismo, como el otorgar una función explicativa decisiva a la cuestión de la sangre, al problema converso, tal y como plantea a su manera Américo Castro, apuntalase Bataillon en algunas líneas y desarrollasen, de manera más o menos afortunada, diversos historiadores hasta el día de hoy. Recurrente sigue siendo, al fin, la dificultad para controlar una ingente producción historiográfica que adolece de una notable falta de diálogo interno y de foros académicos suficientes que lo

posibiliten de manera continuada, sosegada y científica.

En este laberinto historiográfico hemos de encuadrar la aparición de la obra de Fabrice Quero sobre el arzobispo Juan Martínez Silíceo y la espiritualidad de la España de su tiempo, un trabajo del que sin duda nos hemos de congratular por ofrecernos, por primera vez, un intento de explicación coherente del conjunto de la obra y vida de una figura central en la historia eclesiástica y religiosa de la Castilla de mediados del siglo XVI. Enhorabuena, pues, porque además constituye la culminación de una serie de trabajos parciales y previos que el autor ha dedicado al cardenal en los últimos años.

Desde la perspectiva de la “biografía espiritual y religiosa”, y entender el enfoque que adopta el autor y anuncia desde la primera página de su libro es importante para una justa valoración del mismo, Quero pasa revista a los hitos clásicos de la vida de Silíceo: la humildad de sus orígenes, el debate acerca de su apellido, su impresionante ascenso social, su formación universitaria, su producción científica y religiosa, su concepción de la Iglesia y del episcopado, los célebres estatutos de limpieza de sangre y el conflicto en el cabildo toledano, o su enfrentamiento con la Compañía de Jesús, fundamentalmente.